

La cerámica arqueológica: conocimiento y archivo

Archaeological ceramics: knowledge and archiving

ROBERTO FLORES Y EMMANUEL GÓMEZ AMBRIZ

(pág 43 - pág 53)

RESUMEN. Los restos materiales del pasado son campo de estudio de los arqueólogos. Al estudiarlos, el arqueólogo hace labor de semiotista, pues interroga al resto material como huella e imagen del pasado. La arqueosemiótica estudia los indicios arqueológicos de dos maneras: para encontrar su sentido pasado y para asignarle un sentido presente como objeto de conocimiento. Los artefactos son como textos que ofrecen en su constitución los elementos para reconocer significaciones de muy diverso tipo: utilitarios, emblemáticos, simbólicos, identitarios, etcétera. Se constituyen, así, archivos arqueológicos que guardan la memoria de pueblos desaparecidos. Este artículo explora la constitución de ceramotecas como resultado de una serie de transformaciones semióticas que hacen de sus acervos objetos de conocimiento y de preservación.

Palabras clave: arqueología, ceramoteca, memoria, transformaciones cognoscitivas, documento del pasado.

ABSTRACT. The material remains of the past are the field of study of archaeologists. When studying them, the archaeologist works as a semioticist, since he interrogates the material evidence as a trace and image of the past. Archeosemiotics studies archaeological evidence in two ways: to find its past meaning and to assign it a present meaning as an object of knowledge. The artifacts are like texts that offer in their constitution the elements to recognize meanings of a very diverse type: utilitarian, emblematic, symbolic, identity, etc. Thus, archaeological archives are established, that keep the memory of past cultures. The article explores ceramic repositories as a result of a series of semiotic transformations that make their collections objects of knowledge and preservation.

Keywords: archaeology, ceramics repository, memory, cognitive transformations, document from the past.

ROBERTO FLORES es doctor en semiótica e investigador en el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México y profesor en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es autor de tres libros: *El amor de las razones*, *Sucesos y relato*, *Publicidad mágica* (en prensa) y editor del libro *Ocho ensayos de arqueosemiótica* (en prensa). Correo electrónico: <roberto_floreso@inah.gob.mx>.

EMMANUEL GÓMEZ AMBRIZ es arqueólogo por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Ha trabajado en proyectos de investigación arqueológica en Durango, Sinaloa y Sonora, México. Su investigación versa sobre el estudio semiótico de la cerámica del noroccidente mexicano. Actualmente cursa el doctorado en Arqueología en el Seminario de Semiótica general y Arqueosemiótica (ENAH). Correo electrónico: <emmanuelalgoam@gmail.com>.

FECHA DE RECEPCIÓN: 24/11/2020 **FECHA DE APROBACIÓN:** 28/06/2021

1. INTRODUCCIÓN

Pocos temas suscitan tanta preocupación en las colectividades como el de conservar las evidencias materiales del pasado. Toda suerte de objetos, textos e inmuebles son conservados y exhibidos con sumo cuidado. Al principio, el acopio de antigüedades fue tarea de individuos preocupados por asentar el origen de su poder, otros fueron curiosos coleccionistas de objetos extraños y singulares y otros más, por múltiples razones, reunían toda suerte de piezas con las más variadas finalidades. En la actualidad, objetos mágicos, de culto, simbólicos, legendarios, únicos, valiosos son cuidadosamente reunidos y conservados con el fin de constituir un patrimonio cultural. La proliferación de museos históricos y bibliotecas, sobre todo desde el siglo XIX, ha institucionalizado esta práctica. Dentro de ellos, hay archivos cuya existencia es escasa y discreta, alejada de los reflectores turísticos, pero indispensable para el conocimiento del pasado: las ceramotecas.¹

¿En qué descansa el carácter documental de la cerámica? Más que evidente, la respuesta es de carácter semiótico, pues exige concebir este tipo de objetos como textos portadores de un contenido. De ahí que sea preciso interrogar sobre la *transformación en soportes de semiosis arqueológica, patrimonial e identitaria* de estos objetos y el papel de las ceramotecas en esta transformación.

Aquí se muestra que tanto los objetos de cerámica como los humildes tiestos, que muchas veces son lo único que resta de ellos, son textos que ofrecen múltiples lecturas y que responden a las mismas condiciones epistemológicas y semióticas que fundan, en las fuentes escritas, el saber no solo histórico, sino también arqueológico. El apartado 2 caracteriza a la cerámica arqueológica como documento, al reconocer el recorrido que realiza en manos de los investigadores, como una secuencia de transformaciones semióticas que le otorgan valores cognoscitivos. El apartado 3 inscribe ese objeto en el marco del conocimiento del pasado.² El apartado 4 aborda el tipo de *signicidad* propio del material arqueológico y el 5, el conjunto del recorrido, tanto desde la perspectiva de los sujetos como de las transformaciones. El apartado 6 reflexiona sobre el concepto de objeto-soporte de la memoria y, por último, el 7 aborda las transformaciones subsecuentes del objeto cerámico cuando se constituyen las ceramotecas.

2. LA CERÁMICA COMO DOCUMENTO

Por principio, los artefactos de barro son susceptibles de análisis semiótico, en la medida en que la interacción del hombre con ellos —ya sea en su elaboración, su utilización o su investigación— los dota de características expresivas portadoras de una significación. En efecto, es posible reconocer en ellos múltiples rasgos, de origen u obtenidos a lo largo de su vida, que se alternan o se conjugan para ofrecer significaciones variadas. Así, la utilidad, ligada a la forma, coexiste con simbolismos que empleos rituales les asignan, o con significaciones emblemáticas relacionadas con la factura y los materiales de objetos suntuarios. A estos significados y a otros, más ligados a la riqueza de la sustancia de la expresión, se les añaden las huellas de usos imprevistos, las reutilizaciones, las degradaciones y las adecuaciones que llegan a modificar su consistencia y apariencia.

Un objeto de alfarería surge del empleo de varias materias primas que le confieren a la amorfa arcilla las propiedades físicas que el usuario aprovecha: rigidez, impermeabilidad, termoconductibilidad, etcétera. Por otra parte, desde su origen, los recipientes cerámicos, por ejemplo, pasan por distintos estatutos: objeto de venta, objeto utilitario o de reuso, objeto de desecho, material de relleno, objeto de investigación y, quizá, por último, para algunos cuantos ejemplares, objeto de exhibición en algún museo. Esta evolución conlleva transformaciones en la significación, lo que es posible sintetizar en dos polos: de actante en una interacción utilitaria, el recipiente deviene en actante de una relación arqueológica.

Transformación del actante
objeto utilitario > ... > objeto arqueológico

La dinámica de las transformaciones de estos artefactos no termina ahí; no solo se producen por la intervención humana, sino también por el cambio del entorno. Basta con imaginar que el abandono a la intemperie de una simple olla y su hallazgo, muchos años más tarde, suponen su transformación debida a la influencia de los elementos, pero también a un cambio en el significado del entorno: del hogar —su sitio de origen—, luego de muchos años, fue devuelto a la naturaleza y restituido al ámbito humano por la acción del arqueólogo que excava lo que ya no es un hogar, sino, ahora, un sitio arqueológico. Este proceso de transformación espacial del entorno inicia el proceso de traslado del objeto y su almacenamiento en una ceramoteca.

Transformación espacial
espacio originario > sitio arqueológico > ceramoteca

El doble proceso de transformación, objetual y espacial, repercute en las ciencias históricas y antropológicas, tanto con respecto a la vida de los objetos como en la creación de instituciones encargadas de preservar los materiales del pasado. De manera específica, es posible sintetizar la vida de los objetos (Appadurai, 1986; Bonnot, 2002) como su transformación en documento portador de recuerdos e informaciones.

Transformación actancial de base
recipiente >> documento

3. CERÁMICA E HISTORIA

Antes de ser recuento del pasado, la historia, desde una perspectiva semiótica, debe reconocer aquello que considera memorable por haber afectado el destino del hombre. Pero hablar de los eventos pasados no hace referencia a los hechos mismos, como si de alguna manera mágica subsistieran en el presente, sino a una imagen de ellos que el historiador elabora, selecciona y ordena de acuerdo con los principios de su disciplina. Ciertamente, no es posible negar que algo ocurrió en el pasado, pero de ahí no es posible afirmar que, salvo sus consecuencias, existe algo que emana de ese hecho y llega al presente. El recuerdo de

un hecho no es directo, sino que es producto de conocimientos documentales; su régimen epistemológico es el de la creencia y no el de la verdad. La semiótica hace de la historia un proceso de construcción semiótica.

Los eventos históricos tienen dos modos de existencia: uno, como *suceso narrado* en un texto (S) y, el otro, como *acontecimiento conocido* a partir de un texto (A) (Flores, 2015). Ambos alternan en el quehacer del historiador: al apoyarse en textos, este obtiene conocimientos que, a su vez, plasmará en su propia obra. Esto ofrece dos ordenamientos mínimos: un conocimiento (A) antecede a un texto (S); un texto (S) antecede a un conocimiento (A). En la alternancia reside el progreso de la historiografía: un suceso consecuente (S') nunca será una repetición de un suceso antecedente (S').

$$S' \gg A' \gg S'' \gg A''$$

Si se considera un objeto de barro como un documento del pasado, se torna necesario reconocer ambas orientaciones sintagmáticas. En la serie (H) S > A, el investigador recupera información del resto arqueológico, realiza múltiples análisis de muy diverso orden (de fabricación, de utilización, de decoración, de distribución, de deposición, etcétera) y crea una imagen (A) del pasado, una imagen de (H), que le permitirá el paso a la segunda serie. En la serie (H) A > S, el investigador identifica, ordena, explica la información con la que cuenta (A) y produce un texto (S), al tiempo que constituye un acervo de restos materiales. Al articular ambas series reconoce e identifica un recorrido global que parte de la investigación de los primeros materiales hasta sus análisis posteriores. El recorrido alterna fases de análisis, archivo y consulta del material cerámico, en una espiral virtuosa de avance continuo en la investigación.

$$\begin{aligned} [(H) S > A] &\gg \text{análisis} \gg [(H) A > S]; \\ [(H) A > S] &\gg \text{archivo} \gg [(H) S > A]; \\ [(H) S > A] &\gg \text{consulta} \gg [(H) A > S] \dots \end{aligned}$$

4. MEMORIA Y EMBLEMATICIDAD

Al abordar la memoria desde una perspectiva semiótica, Violi (2019, p. 220) afirma que no es posible considerarla como una facultad de la mente, sino como un dispositivo que determina las condiciones de formación de una semiótica-objeto, dotada de su propio plan de inmanencia y estructurada por la solidaridad entre un plan de la expresión y un plan del contenido. La memoria se exterioriza en *objetos mediadores* entre el presente y el pasado, en los que reside la información constitutiva del recuerdo.

Para entender cómo ejerce el objeto mediador su papel de vehículo de la memoria, hay que reconocer sus múltiples significados, más allá de los significados simbólicos y funcionales que Barthes (1966/1993) reconocía. Hay en la cerámica dos tipos de memoria: una memoria-huella de su vida pasada y una memoria de la cultura que la produjo y la utilizó. Ambas son distintas en la medida en que un objeto como portador de conocimiento las conserva en distintas partes de su constitución material, por ejemplo, las degradaciones del tiempo brindan testimonio de las vicisitudes por las que el objeto ha pasado, pero

las características de su factura son índice de las sociedades que lo produjeron. Además, como artefacto, el objeto presenta las marcas del hombre; como materia, los vestigios de los elementos naturales. Naturaleza y cultura se exhiben en el objeto y esperan la mirada inquisitiva para revelar su contenido mnemónico.

Un resto arqueológico es un índice del pasado, ligado a él por la persistencia de sus atributos materiales y sensibles. Sin embargo, esa *indicialidad* es velada por el paso del tiempo, por desgastes, por pérdida de su contexto de uso, por su fragmentación, entre otros factores. Un tiesto es un fragmento similar a cualquier otro tesón: indistinto, se requiere de un ojo crítico o de técnicas especializadas para hacerlo hablar. Limpio de adherencias, ligeramente humedecido, muestra su contorno, sus colores, las capas formadas al calor del horno, su acabado; empieza entonces un recorrido que lo singulariza y que permite *reconstituir el todo del que formaba parte*. El procedimiento hace de ambos —fragmento y totalidad *imaginada*— un mismo objeto, ya no anónimo e indistinto, sino individual y singularizado, susceptible de servir como mediador en la búsqueda del conocimiento.

Una vez que es sacado de la uniformidad, el objeto es sometido a un examen que eventualmente le otorga un valor de *emblematicidad*. Se trata de un valor de tipicidad (en el sentido semiótico de *type*³ y no en el arqueológico) que supone la capacidad de agrupar una variedad de elementos para una misma clase y la posibilidad de representar esa clase a través de uno de sus miembros. La emblematicidad entraña operaciones de categorización por la identificación de rasgos pertinentes y de selección/exclusión de ejemplares en función de esos rasgos. Así, el objeto emblemático ya no vale por su individualidad, sino por ser representante de un tipo: es un *token*, capaz de ser considerado un prototipo.⁴

5. CERÁMICA Y FUENTES HISTÓRICAS

¿En qué se distingue un resto arqueológico de una fuente histórica? Para responder es preciso reconocer la especificidad del trabajo arqueológico, que consiste en identificar tres tipos de relación.

Quien clasifica y archiva los materiales de una ceramoteca se enfrenta a un objeto exótico y lo interroga para conocer su procedencia, manufactura, utilización, etcétera. Esta relación, empero, se retroalimenta con una direccionalidad inversa, del objeto hacia el sujeto, pues los datos cuestionan los conocimientos previos del investigador y sus eventuales prejuicios. De forma que los objetos del pasado son objetos del presente, en tanto que son descritos y clasificados con una perspectiva contemporánea (Binford, 1983/2004).

La primera relación entre el arqueólogo y su materia de estudio es, pues, con una evidencia material, un objeto situado en su presente (R_1). Sin embargo, ese mismo objeto ya ha formado parte de otra relación, que asocia al objeto con un sujeto pretérito, como parte de su cultura material (R_2): el arqueólogo aborda las acciones en las que los objetos estuvieron antaño involucrados. Esta segunda relación también tiene doble direccionalidad: primero, como intención humana hacia los objetos, en el momento de su fabricación; luego, como condicionamientos que los objetos ejercen sobre sus usuarios, al servir de intermediarios entre los humanos y sus actividades.

El sujeto del presente, el investigador, tiene como meta el estudio del sujeto pretérito; sin embargo, para llegar a él, lo hace a través de las evidencias materiales. Así, no se estu-

dian los objetos por sí solos, sino por la relación que mantuvieron con el sujeto del pasado. En otras palabras, el arqueólogo entra en relación (R_1) con su *objeto de estudio* para conocer la relación pretérita (R_2) del usuario con un *objeto utilitario* (Gómez, 2018). El conocimiento del pasado se obtiene al construir escenas en las que intervino el objeto, pero ese entendimiento no es nítido, por lo que el trabajo del arqueólogo es inferencial: dicho de otro modo, el conocimiento de R_2 permite elaborar hipótesis abductivas en R_1 , *las que pueden vincularse a su vez con R_2* , ¡lo que constituye una tercera relación (R_3)! En suma, el conocimiento arqueológico consiste en construir una relación (R_3) entre dos relaciones (R_1 y R_2).

Los restos arqueológicos son protagonistas del pasado: *participaron* antaño en el hecho (H, en virtud de R_2) y *participan* evocativamente en el presente del acontecimiento conocido (A, en virtud de R_1) y, por ello, se distinguen de la fuente histórica que, en cambio, se ubica por entero en el ámbito del símbolo: mantiene una distancia temporal y espacial insalvable con respecto al hecho.⁵

Por sí mismo, el resto arqueológico es mudo: el analista es quien lo hace hablar y lo torna en documento. Materialmente, el resto es fragmento en vías de retornar al mundo informe de la materia, pero semióticamente, en virtud de la transformación de base presentada arriba, que le otorga un valor semiótico. El resto permite la *reconstitución*, *recreación* y *constitución* de tres objetos ordenados en secuencia: primero, el resto se presenta por sus rasgos sensibles; a continuación, se constituye en documento susceptible de lectura, la que, una vez realizada, permite la rememoración al acceder vicariamente al pasado.

apariencia > texto > memoria

Así, el resto pasa por tres existencias que son relevantes para la rememoración. Primero, es reconstituido y reconocido en su forma, pero también como soporte de una imagen o de una decoración. Segundo, todas sus cualidades son consideradas como forma de la expresión de un signo y como vía para acceder a un contenido, lo que lo convierte en un texto (Fontanille, 2008/2016). Tercero, el texto deviene en el objeto-soporte de la memoria.

Objeto-soporte de una inscripción	>>	Expresión	>>	Objeto-soporte de la memoria
Apariencia		Texto		Memoria
Reconstitución		Recreación		Constitución

6. EL SOPORTE DE LA MEMORIA

Dentro de las diferencias entre el objeto histórico o arqueológico y la fuente histórica ha faltado un aspecto crucial, que determina la especificidad y destino de los soportes físicos de la memoria. Se trata del carácter *autográfico* de esos objetos, frente al carácter *alográfico* del texto escrito (Goodman, 1968, p. 113): una obra es autográfica si su reproducción produce una copia considerada significativamente distinta del original, como una pintura; en cambio, la reproducción de una obra alográfica no entraña la pérdida de autenticidad, como en el caso de un libro. La cerámica aquí estudiada es, con claridad, autográfica: la identidad de ese tipo de magnitudes semióticas descansa en que el contenido memorable del objeto está ligado de forma indisoluble a su soporte material.

Garantía de la supervivencia de la memoria, el objeto-soporte ejerce su papel mientras su integridad sea respetada y sea posible acceder a él. Ese objeto permite que el conocimiento que los individuos tienen de un hecho —pero también, en algunos casos, el recuerdo de la experiencia vivida— adquiera un sentido colectivo, el cual llega a tener un fuerte componente emotivo. Es el caso de los souvenirs que son coleccionados para evocar lo que se ha perdido en el tiempo.

Ya se mencionó el valor de *emblema* de la cerámica. Pero, quizá, el caso más frecuente sea el de las antigüedades que el coleccionista valora por su potencial *evocador* de tiempos antiguos. En ellas, las huellas de uso, las erosiones, los golpes y las rajaduras son conservados con cuidado, pues ahí descansa la relación con el pasado —una relación que pretende ser material, ya que son los actores del pasado los autores de dichos atributos—: los objetos usados valen justamente porque no están en perfectas condiciones. Otros intervinieron en los hechos ocurridos y conservan un lazo con ellos que, sin duda, es *simbólico*, pero que descansa en una *metonimia*: un valor de *autenticidad* señala su relevancia; el objeto vale, entonces, por ser partícipe del hecho. Así, las *reliquias* sugieren la posibilidad de conjuntar a los sujetos presentes no con objetos, sino con las acciones pretéritas en las que los objetos participaron. Más allá de sus valores originales, todos estos objetos ofrecen a los sujetos del presente la forma expresiva de un signo mnemónico que es preciso saber leer.

En su *Genealogía de la ética*, Foucault (1984/1994) habla de los *hypomnemata* (en singular, *hypomnema*): esos cuadernillos en donde el griego de la Antigüedad anotaba sus experiencias cotidianas, sus reflexiones y todo aquello que era considerado necesario conservar para someterlo, después, a una reflexión que guiara su conducta. El pensador francés ve en estos cuadernos no solo un instrumento para la escritura, sino un elemento crucial en el ordenamiento cotidiano de la persona humana. Con respecto a su valor mundano, Foucault subraya la diferencia con respecto a otro tipo de escritura, que se encuentra en el cristianismo, centrada en las experiencias espirituales y que es de carácter íntimo. En las agendas griegas, puesto que de eso se trata, el asunto no es perseguir lo indescriptible ni revelar lo oculto ni decir lo que no está dicho, sino todo lo contrario: reunir lo ya dicho, recordar lo que se podía escuchar o leer, y todo esto con un fin que no es nada menos que la constitución de sí mismo.

En el comentario de Foucault (1984/1994) es posible reconocer la doble faz que caracteriza a los objetos-soporte de la memoria: una cara que mira hacia el pasado, pero que lo hace para que la otra cara pueda mirar al futuro. El pasado ofrece enseñanzas al individuo, dispersas y fragmentadas: los *hypomnemata* permitían su recolección y su organización. Para el autor, tal es el objetivo de los *hypomnemata*: hacer una recolección de *logos* fragmentarios, transmitidos por la enseñanza, la palabra oída o la lectura, como un medio para establecer una relación de uno mismo con uno mismo tan adecuada y tan perfecta como fuese posible (p. 281).

El pasado al que esta práctica alude es el de un sujeto intemporal, que se concibe estático y que acude a la memoria para encontrar un medio de control del presente y del futuro por la conservación y la repetición, y no por la innovación. Esto plantea un límite a la analogía con los objetos-soporte de la memoria, pues si bien estos son susceptibles de ofrecer enseñanzas, lo hacen a un sujeto volcado hacia un futuro incierto que le exige estrategias de adaptación.

Otra diferencia reside en el hecho de que la práctica aquí reseñada se refiere al individuo griego y no a la sociedad. En cambio, la existencia de objetos-soporte de la memoria en el presente no es una tarea del individuo, sino de la colectividad: no solo apela a los valores compartidos, sino que se constituye en una obligación del Estado. El sujeto de esta memoria es, pues, un sujeto institucionalizado y regido por principios de la ciudadanía: el deber de preservación de la identidad colectiva.

7. LA CERÁMICA RESGUARDADA Y SUS TRANSFORMACIONES

Aquí se han reconocido cuatro valores sucesivos de la alfarería arqueológica en su tránsito hacia la ceramoteca: utilitario, cognoscitivo, documental, mnemónico. La primera transformación se localiza en el origen del objeto y las tres últimas, durante su manejo e interpretación. Nuevos valores aparecen en su almacenaje y exhibición.

Si bien, en apariencia, la cerámica yace inerte en los depósitos, no por ello deja de ser sometida a nuevas transformaciones al ser objeto resguardado. Esas transformaciones son de tres órdenes: su capacidad de ser almacenada de manera ordenada, su disponibilidad para el examen y la exhibición y su valor como material didáctico. A través de ellas, la alfarería conservada recibe valores cognoscitivos e identitarios.

Narrativamente, los tres programas de acción son distintos, pues poseen sus propias articulaciones y sus propios fines.

1. La primera transformación consiste en dar marcas de identidad a los objetos resguardados. Estas marcas les añaden paratextos que permiten a los curadores conocer el acervo: para cada ítem se registra su naturaleza, su origen, su ingreso, su estado y todas las informaciones que lo individualicen dentro de un conjunto de ítems similares.

Ese registro es el primero de una serie de textos que acompañarán a cada objeto y que se unirán de manera indisoluble a su naturaleza material: *el objeto-soporte de la memoria no solo es un objeto físico, sino una constelación de documentos que se ordenan alrededor del objeto conservado*. Al registro inicial le sigue la catalogación, que incluye el inventariado, el fichado y las informaciones necesarias para conocer el objeto, independientemente de su pertenencia al acervo de la ceramoteca, como son origen, contexto arqueológico, datación, cultura, composición, tipo de objeto, entre otros. El destinatario último de este catálogo no es el curador, sino el investigador o el público.

2. La segunda transformación lo torna un objeto de estudio y de exhibición. Nuevos documentos se asocian a los objetos en este programa narrativo: se trata de los estudios y publicaciones acerca de ellos. Una ceramoteca registra las técnicas de manufactura, huellas de uso y, en caso de existir, la información de su uso. También es posible reproducir estos objetos física o digitalmente y conjugar, así, autografía y alografía. Con ello, las ceramotecas trascienden sus fronteras y, en casos extraordinarios, cumplen un papel vicario, cuando el objeto físico, por cualquier razón, se pierde o no está accesible.

3. La tercera transformación descansa en el hecho de que, más allá de la conservación de un saber, las ceramotecas tienen una vocación didáctica y de promoción de valores, pues son parte de las instituciones culturales que una sociedad funda para la difusión y preservación de *su patrimonio e identidad nacionales*: en la serie de transformaciones de la cerámica arqueológica, la última etapa consiste en su integración en el patrimonio cultural

de un pueblo. Para que un objeto integre ese patrimonio debe ser confrontado con criterios explícitos de lo que es *patrimonializable*. No solo se trata del reconocimiento de atributos, sino de la realización de un acto enunciativo por el que se declara la pertenencia de un objeto al patrimonio.

Por último, por ser parte de una cultura originaria, los objetos y monumentos arqueológicos suscitan en el visitante sentimientos ligados a la presencia del pasado: la *autenticidad* y la *pertenencia*. Esos nuevos valores se inscriben en la dimensión pasional, pues son valores emotivos distintos del quehacer fríamente cognoscitivo de investigadores y curadores (sin duda, ellos mismos, apasionados por su oficio).

La intervención de la dimensión patémica opera una fusión final, que no es simple conjunción, entre los actantes objeto y sujeto. Más allá del origen de los objetos de antaño, los sujetos reconocen que estos también son parte de su patrimonio y este reconocimiento les permite constituirse en actante colectivo *partícipe* de una cultura. Por su parte, los objetos exhibidos forman un conjunto unitario (un actante colectivo) dotado de una identidad objetual que ya no solo se ancla en su cultura de origen, sino que ahora también *participa* en la cultura del actante colectivo y de su destino.⁶

CONCLUSIONES

La analogía con los *hypomnemata* griegos muestra que la constitución de colecciones de cerámica arqueológica no es una tarea trivial ni una manía de coleccionista. El acopio de vestigios del pasado, su conservación y su exhibición son tareas subordinadas a un fin trascendente, que es la constitución de una identidad nacional a partir del reconocimiento de un pasado común. Esta identidad es afincada en el pasado, pero su eficacia se manifiesta en el destino de la sociedad que los conserva y atesora.

A lo largo de su existencia, los objetos cerámicos sufren transformaciones en su significación, desde su fabricación hasta su exhibición en una ceramoteca: empiezan siendo objetos utilitarios y devienen en documentos, objetos de conocimiento que soportan valores mnemónicos y de una identidad nacional. Su relevancia no solo reside en la imagen que ofrecen del pasado, sino también en la que brindan de la identidad del espectador. El valor último de las cerámicas en las ceramotecas es de carácter pasional, pues ofrecen la posibilidad de inscribirse en el tiempo como *partícipe* del pasado y del futuro.

NOTAS

¹ Ceramoteca: término construido a partir de la palabra *biblioteca*, al igual que otros, como *fonoteca*, *medioteca*, *videoteca*, etcétera. Remite a un depósito de objetos y materiales cerámicos provenientes de diversas culturas y épocas, clasificados y ordenados para facilitar su preservación y consulta en la investigación y la docencia y, en algunos casos, para su exhibición y venta.

² La presente reflexión sobre la cerámica en la arqueología hace mención exclusivamente de la historia, pero también haría falta hacer énfasis en la etnoarqueología: las limitaciones de espacio impiden proseguir ambos enfoques.

³ La distinción entre *type* y *token* (tipo y ejemplar) fue planteada por Peirce para distinguir la clase obtenida por abstracción a partir de los casos que incluye. Por su parte, en arqueología, un *tipo* es un conjunto de atributos que caracterizan a un conjunto de objetos: en el caso de la cerámica, esos

atributos se refieren a pasta, acabado y color.

⁴ En ciencias cognoscitivas, el concepto de prototipo remite a un modelo de categorización basado en criterios de pertenencia graduales (más o menos) y no categóricos (sí o no). La clase se constituye alrededor de una instancia central considerada prototípica.

⁵ Además de ser fuente histórica, el libro también es objeto arqueológico.

⁶ Sobre el actante jurídico en las sociedades anónimas, Greimas (1976), y, más recientemente, acerca de las colectividades partitivas y participativas, Fontanille (2019).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- APPADURAI, A. (1986). *The Social Life of Objects: Commodities in Cultural Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BARTHES, R. (1993). *L'aventure sémiologique*. París: Seuil. (Trabajo original publicado en 1966).
- BINFORD, L. R. (2004). *En busca del pasado: descifrando el registro arqueológico*. Barcelona: Crítica. (Trabajo original publicado en 1983).
- BONNOT, T. (2002). *La vie des objets: d'utensiles banals à objets de collection*. París: Maison des sciences de l'homme.
- FLORES, R. (2015). *Sucesos y relato. Hacia una semiótica aspectual*. Ciudad de México: ENAH/Del Lirio.
- FONTANILLE, J. (2016). *Prácticas semióticas*. Lima: Universidad de Lima. (Trabajo original publicado en 2008).
- FONTANILLE, J. (noviembre, 2019). *La constitution de l'actant collectif comme préalable anthroposémiotique*. Intervención en el Séminaire International de Sémiotique, París.
- FOUCAULT, M. (1994). *Dits et écrits* (Tomo 4). París: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1984).
- GÓMEZ AMBRIZ, E. A. (2018). *En busca del sentido: la arqueosemiótica en la discusión del problema Aztatlán. Análisis semiótico de vasos trípodes policromos de Sinaloa y Durango* (Tesis de maestría). Ciudad de México: ENAH.
- GOODMAN, N. (1968). *Languages of Art: An Approach to a Theory of Symbols*. Indianápolis: The Bobbs-Merrill.
- VIOLI, P. (2019). Sémiotique et transmission mémorielle. En A. Biglari (Ed.), *La sémiotique et son autre* (pp. 219-234). París: Kimé.

